

# LA BIBLIOTECA

## SIN METÁFORAS

Juan Bonilla



No se va a hablar aquí de grandes coleccionistas que convirtieron sus afanes en materia para una novela o para una biografía o un libro apasionante —como *Memorial de los libros naufragados* de Edward Wilson-Lee, sobre Hernando Colón y la ambición de crear una biblioteca universal. Tampoco comparecerán en estas páginas personajes míticos como Rosenbach, terror de las subastas, o el gran librero Voynich, visitante de lejanos castillos en pos de bibliotecas donde hallar los manuscritos o impresos más insólitos, ni se intentará siquiera cantar los gozos y las sombras de la bibliofilia —deporte que tiene su antihimno en

*Contra la bibliofilia* de Carlos Clavería, espléndido volumen lleno de sensatez, información precisa y auténtica bibliofilia con alguna exageración, como cuando para afearle el vicio y el fetichismo a los coleccionistas se dice que cualquiera de ellos preferiría tener la primera edición del *Quijote*, un libro comido de erratas, a una buena edición donde el texto se hubiese convenientemente restaurado: no conozco a nadie que tenga la primera del *Quijote*, como tampoco conozco a nadie a quien no le gustaría tenerla, pero en el ejemplo que se da se salta sobre la posibilidad obvia de poder tener las dos ediciones sin que

haya impedimento para atesorar la primera como objeto mítico y disfrutar la segunda como obra literaria, ¿quién, siendo cristiano, no quisiera tener uno de los clavos con que crucificaron a Cristo?. Cuando se pronuncia el asunto del fetichismo, la palabra fatal para abaratar el coleccionismo —bibliofilia, como espero demostrar, es muy otra cosa—, cabría preguntarse antes de nada qué hay de malo en él, por qué en asuntos de otra índole —como la moda, el automovilismo o el sexo— la palabra goza de cierto prestigio, y sin embargo cuando se lleva al mundo de los libros parece estar enunciando la peor de las enfermedades. En cualquier caso, no, no son esos los asuntos que nos interesan ahora, ni discutir con el maestro Umberto Eco su, me parece, torpe comparación del bibliófilo y el bibliómano según la cual si el primero tuviera una Biblia de Gutenberg querría enseñársela a todo el mundo, exponerla en el Salón de Plenos del Ayuntamiento de su ciudad, y el segundo se la guardaría para sí (parece no darse cuenta Eco de que en la comparación sale más digno el bibliómano que el bibliófilo, a pesar de que para él no hay distinción entre bibliómano y bibliófobo, pues entiende que si el segundo odia los libros, el primero de alguna manera al no querer más que acumularlos sin prestar atención a lo que guardan dentro, también está evidenciando su desinterés y su odio, lo que es una manera de practicar la lógica bastante original). Nuestro asunto es más humilde, ha suscitado menos bibliografía. Vamos a hablar de qué es una biblioteca particular, es decir, de una criatura viva que nace un buen día de la manera más casual, un regalo de cumpleaños, unos libros infantiles ilustrados en los que se reducen grandes historias, etc., nace como un río, con un gotear de agua entre rocas, va creciendo y multiplicándose siguiendo los zarandeos vitales y las curiosidades o pasiones de quien le está dando cobijo, y con toda seguridad un día se dispersará al viento de los librereros, cada uno de sus elementos siguiendo su camino, porque, como bien dice el ya citado Clavería, un libro se pertenece, fundamentalmente, a sí mismo, no pertenece más que temporalmente a una biblioteca, puede desprenderse de ella en cualquier momento para seguir su itinerario casi siempre ilegible.

La biblioteca, como concepto, debe estar ya fatigada de que se la metaforice: desde la hipérbole borgiana —el Universo— a la banal pregunta periodística ¿qué libro se llevaría a una isla desierta? con cuyas respuestas, acaso, podría construirse una eficaz biblioteca.

La peor de las metáforas, por parecer persuasiva pero presentar una falacia, es la que quiere convertir la biblio-

teca en espejo de su propietario o peor aún, en autobiografía: con esas sentencias solo pueden ilustrarse camisetas más o menos *cool*, porque cualquiera que haya trasteado en bibliotecas ajenas sabe que estas no tienen por qué ser reflejo de quienes las compilaron por mucho que nos surren algo, mucho, bastante o poco, de ellos, y, ciertamente, es mejor no pensar siquiera en qué clase de vida hubo en una vida si damos por bueno que la biblioteca que llegó a juntar es capaz de encapsular todos los matices de esa existencia hasta el punto de poder enterar qué clase de persona fue a alguien que no lo conoció de nada. La biblioteca particular no necesita, por lo demás, de semejantes metáforas. Dando por bueno que toda biblioteca particular es un texto biográfico, se ha de admitir que ese texto solo puede tener un lector: su propietario. Una vez perdido este, el texto se vuelve ilegible y hemos de fiarnos de las artes adivinatorias, de las meras suposiciones o de las obviedades. Los demás podemos trazar intuiciones psicológicas o recurrir a la tautología —una acumulación insólita de novelas de misterio nos hará saber que al propietario de la biblioteca le gustaban las novelas de misterio, sin que de esa prueba se pueda concluir aspecto psicológico ninguno a no ser que se rinda uno a la vaguedad de que los géneros literarios que a uno más le gustan definen su personalidad y que todos los aficionados a un género cualquiera tienen un rasgo psicológico en común por dicha de esa afición—, pero en ningún caso cometer la ingenuidad de pensar que por conocer la biblioteca de alguien, ese alguien nos resulta conocido.

Por la biblioteca del sabio Pico della Mirandola podríamos saber, por ejemplo, que estaba muy interesado en la cábala, pues en los poco más de mil volúmenes que integraban su abundante biblioteca —el número de volúmenes era, para la época, insólitamente alto— hay medio centenar de piezas sobre esa materia: pero para extraer ese dato tampoco nos hubiera hecho falta conocer el catálogo de obras de la biblioteca de Mirandola, pues en sus escritos ya puede rastrearse ese interés suyo, como puede deducirse de los primeros libros de Juan Ramón Jiménez su apasionado interés por la poesía francesa simbolista sin que nos haga falta acudir a Moguer y ver la sala donde, en efecto, en la biblioteca que se conserva de JRJ, abundan, en extraordinario estado de conservación, las ediciones del XIX de Verlaine, Samain, Francis James y tantos otros simbolistas franceses. ¿Haría falta sumergirse en la biblioteca de Borges para saber que la vastedad de asuntos que trata su obra tenían como fuente primordial los libros que ate-

soraba? Sin duda no: la literatura gauchesca se enlaza con la metafísica, la guerra europea con las novelas de misterio, los ensayos sobre antiguas literaturas germánicas con libros de matemáticas. De donde se deduce que acaso las bibliotecas solo sean verdaderos espejos —aunque hay que tomar la frase con todas las precauciones— de los escritores que fueron sus propietarios, pues de algún modo todo escritor es hijo de una biblioteca gracias a que la literatura es una de esas disciplinas que permiten el lujo de que cada cual se invente su propio árbol genealógico y elija, en la variada gama de senderos que ofrece el pasado, en el amplio abanico de tradiciones que han llegado hasta el presente, aquel que le gustaría continuar. No hay escritor —que yo sepa— que no haya deseado dedicarse a escribir no por haber vivido más experiencias que los demás o por atesorar dramas excepcionales, sino por haber encontrado en la lectura un trampolín en el que se ponía en pie un deseo: el de conseguir aquello mismo que un texto determinado le había procurado. Cuando Emerson hacía aquel distingo según el cual había escritores cuyas obras se alimentaban de la literatura y otros cuyas obras se alimentaban de la vida, cometía el error de equiparar una y otra, cuando la primera pertenece evidentemente a la segunda (no se sabe que haya literatura después de la vida, al menos la ouija aun no ha producido ninguna obra maestra), así que al establecer aquella frontera estaba permitiendo que se dedujese que había algún escritor que no había necesitado de la lectura para erigir sus obras. Y, naturalmente, eso es una falacia: que los cuentos de Jack London refieran su vida aventurera y llena de peripecias de toda índole no significa que los cuentos de Jack London le deban tanto a sus experiencias extremas como a los relatos que le hicieron desear ser escritor (es decir, a su biblioteca, aunque esta solo existiera en su memoria y fuera perdiendo los volúmenes que leía en barcos y andenes): otra cosa significaría que cualquier vagabundo lleva encerrado un Jack London dentro, lo que es del todo, lamentablemente, inverosímil. Lo que hace a Jack London un genio del relato no es el frío que pasó en Alaska o las veces que se arruinó en una partida noctámbula o las friegas que le dio al suelo de un barco, pues mucha gente ha pasado frío en Alaska y se ha arruinado y ha fregado barcos, sino el modo en que, gracias a sus lecturas, supo encauzar sus experiencias para conseguir unas cuantas obras maestras. O sea, aunque en la división de Emerson, Jack London se alinea en el margen de los «escritores de la vida», en realidad es pro-

fundamente injusto que no figure también en el margen de los «escritores de la literatura». Como es profundamente injusto que se tase a otros escritores como enemigos de la vida, porque huyeron de esta para encerrarse en una biblioteca (lo que equivale a pensar que quien se encierra en una biblioteca está muerto y de hecho parece sacar a la biblioteca de la vida, equipararla al cementerio). Ahí se da a entender que hay algún modo válido en alguna parte de medir la cantidad de vida que hay en cada acto, y por alguna razón se da por bueno que debe haber más vida verdadera en el hecho de atravesar un desierto o hacer un viaje en globo que en el de repetir una rutina o sumergirse en un mar de volúmenes en una investigación, lo que se mire por donde se mire, es dejarse tentar por el tópico vanguardista de que la vida solo se tramita en lo excepcional. «Vida y muerte le han faltado a mi vida» escribía Borges al comienzo de un libro de siluetas de malhechores y aventureros: él también era partidario de la soberana división de Emerson y —lo sabemos por el voluminosísimo diario de Bioy Casares— cada vez que se encontraba con un libro donde hubiera demasiada vida en forma de pasiones desatadas, utilizaba una palabra que, desdichadamente, se repite en muchas de las entradas de ese diario: inmundicias. Apenas extraña pues que, cuando su fama era mundial y se le acababan los años, al componer por encargo de una casa editorial una famosa «Biblioteca Personal», apenas hiciera comparecer en ella algún título que consintiera el erotismo (quizá *Moll Flanders* de Defoe y *El diablo enamorado* de Cazotte sean las excepciones a la regla). Pero ni Jack London sería lo que es sin los libros que leyó —y le hicieron desear ser escritor—, ni Borges sería lo que es sin los hechos de la vida que vivió —y que de alguna forma filtró para conseguir sus prodigiosas miniaturas, toda vez que fue, por cierto, una vida muy libresca sí, pero no falta de viajes, persecución política, vida literaria, y colección magna de enamoramientos y desamores.

Cuando se han estudiado las bibliotecas particulares de la Edad Moderna se ha solido acudir a ciencia tan fantástica como la estadística, según la cual la media de todos los individuos que forman parte de un censo depara un individuo perfectamente irreal que no se corresponde con ninguno de los que se utilizaron para hallar la media. O sea, un montón de datos reales acaban emitiendo una ficción. En una famosa conferencia de 1934, el gran bibliófilo Francisco Vindel subdividió los bibliófilos cuyas bibliotecas había que examinar para obtener una idea de



cómo era una biblioteca particular de los siglos XVII y XVIII en las siguientes categorías: Reyes, Nobles, Eclesiásticos, Eruditos, Artistas, Literatos, Otros. En la última, por supuesto, viajaba gente que no era nada de lo anterior, y por lo tanto podía decirse de ellos que eran esencialmente bibliófilos —ahí figura por ejemplo Fernando Colón, mientras que en los Artistas estaban El Greco o Velázquez, y en los Literatos Lope de Vega o Fernando de Rojas. Pero lo primero que nos dice esa división es que las bibliotecas particulares eran un asunto de potentados o especialistas (naturalmente la mayoría de ellas no se conservaban como tales bibliotecas, se habían esparcido al viento de los librereros, pero era costumbre de todo propietario de una biblioteca con conciencia de tal, catalogarla y a veces hasta imprimir ejemplares de ese catálogo para hacer saber a otros bibliófilos qué tesoros se acumulaban), para hacernos una idea de cómo podría ser la biblioteca de alguien que no entrara en una de esas categorías tendríamos que acudir a la ficción —el escrutinio de los libros de Alonso Quijano presta imágenes imborrables de cómo podía ser la biblioteca de un lector, de un, nunca mejor dicho, «loco

de los libros». Los siglos XIX y, sobre todo, XX permitieron que tener una biblioteca particular no fuera asunto exclusivo de bibliófilos (palabra zarandeada por una definición que ha querido saltar por encima de su etimología, pues en esencia bibliófilo es todo aquel al que le gusten los libros, sin que en la palabra haya nada que permita deducir que un coleccionista de incunables es más o mejor bibliófilo que alguien que solo atesora los libros que ha leído sin importarle que fueran primeras ediciones o tiradas confidenciales). En el siglo XX, con la llegada al poder ya evidente de la masa en los regímenes totalitarios y de los «cuellos blancos» en las democracias liberales, se amplía la franja de la clase media y la biblioteca deja de ser un organismo que solo está al alcance de nobles y curas. Tan es así que es la época de los «clubes del libro», empresas que conseguían publicar ediciones para sus socios de libros recién salidos (para los bibliófilos de postín, nada peor que una edición «club» del libro que buscan, porque a menudo se publicaban solo unas semanas después de la edición original y tenían la desfachatez de copiarla íntegramente, sobrecubierta y solapas incluidas, solo la mención del club

en algún rincón de una de las solapas o en la contra y la desaparición del precio, que solía imprimirse en la solapa en la edición original, permitía distinguir una primera edición de una «edición club»: este detalle dará alas a quienes consideren el coleccionismo de primeras ediciones un fetichismo irracional, porque la diferencia de precio entre una edición y otra, en el caso de novelas míticas como *El guardián entre el centeno* o *Las uvas de la ira*, puede ser de varios miles de dólares). Pero no hay que engañarse: tener o no tener una biblioteca nunca fue una cuestión de dinero. Copio un párrafo de Carlos Clavería que lo expresa de forma formidable: «Si el salario mínimo en España ronda hoy los mil euros, un proletario debe gastar el salario de un día para comprarse un in-4° en tapa dura, pero en el caso de que tenga voluntad lectora a prueba de analfabetismo inducido, puede encontrar libros por apenas tres euros en muchas librerías de saldo y lance y en puestos callejeros. En 1605, un vendimiador debía trabajar seis días para poder comprarse la primera edición del *Quijote*, es cierto, pero con media jornada se podía comprar las *Obras* de Garcilaso impresas en Salamanca en 1589».

Naturalmente es muy complicado —e inoperante— generalizar, pues si el hombre o la mujer «medio» es una ficción de la estadística, su biblioteca no puede ser sino una fantasmagoría para la que de ninguna manera podría valer nos las listas de libros más vendidos desde los años setenta del siglo pasado a la actualidad —por ponerle un marco temporal que coincida con nuestro régimen. Pero basta un vistazo a películas de los años cuarenta o cincuenta para ver que desde luego en Norteamérica, pero también en España, todos los pisos de gente de clase media tienen su pequeña biblioteca (en Francia, en no pocas películas, la biblioteca devora más de una habitación). Sin embargo, cada vez que un estudioso se asoma al asunto aparecerá como una bicha el asunto del esnobismo, la sospecha de que quien tiene una biblioteca, de alguna manera, está sustanciando su esnobismo. Unas líneas de *Reading Matters* de Margaret Willes así lo apuntan: «No puedo sino admirar a los hombres y mujeres que lucharon por conseguir una educación decente, y el acceso a libros y revistas. Muchos de estos obstáculos han sido eliminados, pero el más difícil de erradicar es el esnobismo». Hay, en quienes escriben sobre bibliotecas, bibliófilos, coleccionistas, esa precaución —es un eufemismo— de mantener siempre la sospecha de que los movimientos interiores —biográficos o meramente hedonistas, de necesidad espiritual o sensual— que llevan a alguien a componer una

biblioteca se salpican siempre de unas gotas de esnobismo, como si la biblioteca no fuera un organismo íntimo, sino que necesitara de la apreciación de los otros, como si perteneciese al mismo orden de propiedades que el coche que se aparca en la calle y por el que los vecinos podrán medir un poder adquisitivo. Es cierto, no hay dudas sobre esto y cualquiera que tenga ya más de cuatro décadas cumplidas lo recordará, que la biblioteca, para algunas profesiones liberales, era un lugar para lucirlo: las primeras bibliotecas frondosas que muchos niños de los sesenta y setenta del siglo XX vimos fue en la sala de espera de un médico, un notario o un abogado. La biblioteca era allí paisaje que estipulaba un poder, la pertenencia a una clase superior a la que uno no pertenecía y que ayudaba a prestar respeto al profesional que iba a ocuparse de tu laringe, o de un problema legal de tu padre o de la compra de un terrenito en la que se habían embarcado los tuyos. Luis García Montero recuerda que los libros de su padre, militar de alta graduación, estaban en la sala de visita, y yo mismo puedo recordar que mi abuelo paterno —en realidad padrastro de mi padre—, en labores de sindicalista, reunía de vez en cuando a los trabajadores a los que ayudaba en la sala presidida por dos enciclopedias y una colección de libros en tapa dura del Círculo de Lectores (de la que, seguramente, procedían los pocos volúmenes que había en el piso donde vivíamos, entre los que recuerdo *El padrino* de Mario Puzo, *La ciudad y los perros* de Mario Vargas Llosa, *Cien años de soledad* de García Márquez, *Espartaco* de Howard Fast y la *Enciclopedia Sexual* de López Ibor). Así que sí, en muchos casos la biblioteca tenía —y puede que tenga, aunque hace ya tiempo que no se ven bibliotecas en las películas que se producen últimamente, viradas, en la decoración, hacia el minimalismo como expresión de buen gusto y élite— más que ver con el interiorismo que con ningún tipo de pasión desatada, pertenecían al tipo de propiedades que medían el estatus de alguien, como el coche... pero sería de lo menos sensato pensar que tenemos coche para decirle a los demás algo de nuestro poderío económico: eso es un «además» que en algunos casos puede tener su importancia, lo habitual sin embargo es que consigamos un coche que, aparte de susurrar algo sobre nuestra economía, emplearemos en devorar los kilómetros de nuestras necesidades, siendo esta la causa fundamental para tener coche.

Dice Miguel Albero en su muy recomendable y divertido *Enfermos del libro* que lo que significa al bibliófilo es su deseo de posesión, pero esa es una característica tan ancha que hace formar parte de la cofradía de los bibliófilos a

la protagonista de *Misery* de Stephen King —cuyo deseo de posesión la llevaba a secuestrar al autor de sus novelas predilectas. Y sin llegar a esos extremos, cabría decir que es un deseo en absoluto extraño a un lector común o un interesado en cualquier materia cuando se entera de la inminente aparición de un libro que llevaba tiempo esperando. De donde cabe deducir que, según yo lo entiendo, y contra todos los preceptistas de la bibliofilia, aquellos que nos dicen qué libros hay que conseguir y qué regiones de la historia del libro deben estar representadas en una biblioteca para que esta sea considerada digna de ese nombre (ha llegado a leer uno, entre el asombro y la carcajada, que un bibliófilo que se precie debe tener al menos dos incunables, alguna edición del XVII y no menos de tres del XVIII, algunos tomos impresos de Sancha y al menos media docena de primeras ediciones de la Generación del 98 y otra media docena del 27), para mí bibliófilo es, ni más ni menos, el propietario de una biblioteca, y por tanto para mí tan bibliófilo es uno de esos especímenes que se toman por tal, cargando con toda la púrpura de los tópicos que se le han aplicado a la figura, como quien llama biblioteca a las dos paredes donde se alinean siguiendo un orden que solo él o ella conocen, los cientos de volúmenes que ha ido leyendo y conservando en tres décadas de lectura. Creo que a la figura del bibliófilo hay que descargarla de pretenciosidad y clasismo: como decía Pere Gimferrer al final de *Los Raros*, no hay nada más raro que ser lector. Basta necesitar los libros para vivir (o sea, para que la vida que uno lleva merezca el nombre de vida) para ser bibliófilo. Una prueba evidente de que bibliófilo es todo aquel que tiene una biblioteca es este hecho: supongamos que muere, supongamos que quienes heredan esa biblioteca deciden —por dinero, por espacio, por no poder prestarle sitio, por lo que sea— deshacerse de ella, la biblioteca a la que antes daba sentido la existencia de alguien, de quien la había formado, queda convertida en una mera suma de libros, en mercancía tasable, los hilos secretos que unían —son meros ejemplos— las muchas novelas de Simenon con coquetas ediciones de clásicos grecolatinos publicadas por la Oxford University Press y a estas con libros sobre astronomía y a estos con álbumes de fotos sobre danza, quedan rotos: la biblioteca ha muerto con el bibliófilo a quien nunca se le ocurrió pensar en sí mismo como bibliófilo ganado por la mendaz atribución de la palabra a coleccionistas de rarezas inexpugnables o gente interesada única y exclusivamente en un asunto —o un periodo de tiempo.

Apunta Francisco Mendoza Díaz Maroto en *El mercado del libro antiguo en España visto por un bibliófilo* que casi todas las buenas bibliotecas particulares acaban engrandeciendo el caudal de grandes bibliotecas de instituciones o fundaciones. Sin querer ponerlo en duda, no creo que ese sea el destino idóneo para una biblioteca particular, cuya gracia, si puede hablarse así, radica en que, igual que se compuso para ir formulando el relato de una vida que era la única capaz de leerlo, se descompondrá para que cada una de sus partículas vaya a integrarse a otra biblioteca donde se incorporará en un relato en marcha (el hecho de que la biblioteca de Ramón y Cajal y la del ex presidente del Gobierno Adolfo Suárez aparecieran en El Rastro de Madrid me hace pensar que Mendoza es muy optimista en cuanto a la suerte que corren las grandes bibliotecas particulares entre nosotros). Ese afán de perduración de las bibliotecas particulares —esa especie de aristocracia que consiste en llegar a ser alguien— imita sin duda al propio afán de perdurabilidad que nos condena y hace desafiar al olvido y la desintegración: es comprensible, pero como sabían los estoicos, una manera como otra cualquiera de amargarse el presente. Ahora bien, ¿tiene sentido la creación de una biblioteca poniéndose como meta convertirla en una entidad lo suficientemente dotada de carácter, importancia y personalidad como para que su destino sea verse íntegramente en una biblioteca mayor? Me parece que solo los deliciosamente ilusos confeccionan su biblioteca con ese horizonte en mente: la confección de una biblioteca es un arte mucho más natural, apacible, sensato. Para empezar porque en la mayoría de los casos no responde a un ideal —toda biblioteca sabe que el ideal es una ilusión, un truco de magia, un *bluff*—, sino a las propias andanzas por una variedad de curiosidades e intereses de quien la esté componiendo —sin conciencia de que la compone sencillamente por el gusto de ir sumando lecturas o de tener algunos volúmenes que, ni más ni menos, le apetece tener. El novelista canadiense Robertson Davies, visitando a una de esas ancianitas con las que, según Umberto Eco, todo coleccionista de libros ha soñado alguna vez, con una casa en la campiña inglesa y sin idea precisa del montón de libras que valen los cansados tomos que componen una biblioteca que para ella solo es el lugar donde se ha pasado horas leyendo, cuenta cómo la mujer a la que visitaba —propietaria de un Primer Folio de Shakespeare y primeras ediciones de Thomas Hardy, Jane Austen y Emily Brontë, que había conservado por cariño

a las lecturas de su remota juventud— sabía muy bien lo que tenía, pero no tenía la menor intención de traducir aquellos volúmenes en fajos de libras esterlinas porque para qué iba a querer ella fajos de libras que no iban a procurarle la compañía que le procuraban sus viejos libros. Ni el omnívoro Rosenbach consiguió convencerla de que le vendiera su biblioteca. Ella sí que era una auténtica bibliófila que sabía que una biblioteca es como las huellas dactilares: no hay dos personas que tengan las mismas huellas dactilares como no hay dos bibliófilos que tengan la misma biblioteca. Eso significa que cada biblioteca particular es única, desde luego, pero también que al ser todas ellas «únicas», tienen todas algo en común. Por decirlo en paradójico, son iguales en el hecho de ser únicas. Una prueba más de la imposibilidad de imaginar una «biblioteca media», sobre todo en tiempos como los nuestros donde la variedad de intereses y curiosidades a la que alcanzan los libros es tan inmensa y se multiplica hasta el infinito con toda clase de combinaciones —en mi biblioteca hay muchos libros sobre Jerez, unos cuantos sobre fútbol, muchísima poesía del siglo XX, bastante modernismo inglés, fotolibros sobre ciudades, unas cuantas piezas libertinas del XVIII, abundancia de libros en checo, una pared dedicada a Borges donde están los libros a los que llegué porque Borges los recomendaba... ¿qué idea podría hacerse nadie sin conocerme de nada solo a partir de los libros de una biblioteca que si aumenta cada semana también es verdad que trato de podar cada año? ¿Deduciría que sé checo por la abundancia de libros en ese idioma o llegaría a sospechar que esos libros los atesoro por sus maravillosas cubiertas, algunas de ellas auténticas obras maestras del arte tipográfico? Podría pensar: «fue un hombre de fidelidades dado que tiene tanto Borges, tanto Nabokov, todo Lorrie Moore, tanto Gonzalo Suárez... seguramente no podía viajar mucho, de ahí que coleccionara libros de fotos sobre ciudades... su vida sexual necesitaba del empujoncito de la literatura sicalíptica... por alguna razón además de leer en inglés, francés e italiano, sabía checo... le gustaba el fútbol y sin duda era de Jerez o le encantaba Jerez, porque si no de qué tanto libro sobre la ciudad de los gitanos». En cualquier caso, supongo que la idea que se hiciera sería una muy aproximada, irrelevante, un poco más certera, eso sí, que la que pudiera hacerse mirando la estampa de mis huellas dactilares. En cualquier caso no hay en mi biblioteca ningún volumen por el que alguien que no me conociera de nada pudiese advertir que fui uno de esos

raros bibliófilos que nunca jamás soñaron con ninguna de esas abuelitas de las que hablaba Umberto Eco.

Davies apuntaba una buena definición del coleccionista de libros: «Los libros son una molestia desesperante; una biblioteca de apenas unos cuantos miles de volúmenes nos ancla a una casa porque mudarlos sería una molestia inmensa. Yo mismo enfrenté la penosa prueba de una mudanza y, sin importar cuánto me concentrara en la realidad, mi mente se estancaba en los cálculos temibles de los anaqueles a los que podría aspirar en la nueva casa. ¿Será necesario sumergirme en el horror de un almacén, un infierno para los libros, en el sótano?; o —la esperanza se niega a morir— ¿será posible imaginar algún nuevo arreglo que me permita localizar cualquier tomo en un parpadeo? Lo que nunca puedo hacer es deshacerme de algunos libros o renunciar a comprar más. Supongo que eso es lo que en verdad significa ser un coleccionista de libros».

Me gusta ese doble imperativo: la imposibilidad de deshacerse de algunos libros que —solo lo sabe su propietario— guardan secretos o emociones, memoria y verdad, que son difíciles de compartir sin abaratarlos, y la imposibilidad de renunciar a conseguir otros —que siempre están en la lista de lo que nos falta, de lo que quisiéramos leer, de lo que nos gustaría tener y sabemos que nunca tendremos (pues afecta tanto a los inagotables tesoros del pasado como a los del futuro: por mucho que me cuide, no creo que aguante hasta el momento en que se quiten los sellos que cierran hasta el 2075 la obra inédita que dejó Salinger y que me encantaría leer y sé que no podré leer, como no podré leer las correspondencias que ahora son puro presente de tantos autores contemporáneos y que un día del futuro serán volúmenes fáciles de conseguir para cualquier lector como son fáciles de conseguir hoy para nosotros obras maestras como *Monumento de amor*, el libro que junta las cartas de Juan Ramón y Zenobia).

Ya he dicho que tratar de formular el catálogo de una biblioteca particular media hoy es tarea insensata y que tampoco va a procurarnos mayor beneficio, aunque «idealmente» un espécimen de semejante naturaleza podría hacer saber a los habitantes del futuro qué tipo de sociedad fue la nuestra —si bien cabe suponer que la imagen resultante fuese engañosa a juzgar por el mero dato de que el libro que más resonancia ha tenido entre nosotros últimamente es un volumen sobre la Biblioteca de Alejandría, lo que dejaría deducir que somos una sociedad muy interesada en la fascinante historia de los libros, deducción potenciada por el éxito de una novela que comienza en

un cementerio de libros olvidados, lo que no puede estar más alejado de la realidad. Si juzgo por las bibliotecas particulares que conozco, y teniendo en cuenta que conozco unas cuantas que sobrepasan los 30.000 volúmenes cada una y otras cuantas que están encantadas de no sobrepasar los 2000—, diría que se podría hacer al menos una división que propongo sin ánimo de sentar cátedra y sin voluntad de dividir a los bibliófilos (repito: el bibliófilo es el propietario de una biblioteca, nada más... y nada menos): están las bibliotecas selva y las bibliotecas jardín. Supongo que es una nueva representación del eterno combate entre Dionisios y Apolo.

No hará falta describir cada uno de los tipos: evidentemente, la biblioteca selva es devoradora, coloniza habitaciones y pasillos, pretende convertir la casa entera en biblioteca mediante el método de ir anexionándose sin pausa cuartos, mientras que la biblioteca jardín ocupa su lugar —que puede tener la extensión que sus propietarios le cedan, una estancia, dos, las que sean— y estipula firmes fronteras entre su territorio y el resto de la casa. Jaime Gil de Biedma había cifrado en 1000 el número de volúmenes que debía conceder a su biblioteca, así que cuando entraba un nuevo volumen en ella, se obligaba a deshacerse de otro para que el equilibrio nunca se perdiera. En el revés de esa moneda están los bibliófilos que se ven obligados a llenar de dobles o triples filas las estanterías y a veces, cuando necesitan un libro, son incapaces de dar con él después de mucho trastear por esas hileras de volúmenes y les resulta más conveniente, en cuanto a inversión de

esfuerzo y tiempo, volver a comprarlo aun a sabiendas de que en alguna parte tienen su ejemplar. En uno y otro caso la biblioteca es refugio, a veces un refugio amurallado y un poco salvaje donde el orden es una utopía, y otras un refugio que puede reflejar un equilibrio apolíneo: es igual, por mucho que uno y otro tipo de bibliotecas sirvan de espejo, solo serán espejo mientras quienes las formaron se mantengan vivos. Luego, aun en el caso de que tenga la mala suerte de cobrar importancia suficiente como para que alguna institución la guarde íntegra como legado en vez de salir a la intemperie de la vida, a los libreros que llevarán sus volúmenes a otras bibliotecas, serán una suma de libros, habrán perdido su verdadera columna vertebral: las personas que las erigieron, buscándose a sí mismas o solo por ceder a la tentación de sumergir sus horas en los libros para que las horas durasen mucho más de lo que duran en la seca realidad.

No, no necesitan las bibliotecas metaforizarse para agrandar sus significados. No son ni el Universo ni una isla desierta. Son más que una sala de estar: una sala de ser. Son, sencillamente, organismos que están vivos mientras alguien les esté dando vida, juntando por intereses particulares, búsquedas impetuosas o golpes de mero azar, volúmenes (*La vida de los poetas provenzales* de Jean de Nostradamus, de 1575, y *Jerez-Xerez-Scheris* de Manuel González Gordon, de 1935, por mencionar los dos libros que tengo sobre la mesa) que solo tienen una cosa que ver los unos con los otros: durante algún tramo de tiempo pertenecieron a la misma persona, hicieron feliz a la misma persona. ■ ■